

BALDOMERO GALOFRE

Necrología del ilustre pintor catalán, leída el 15 de Noviembre, en la solemne apertura de la exposición de sus obras en el Palacio de Bellas Artes, por D. Francisco Casanovas, individuo de la Comisión promotora.

SEÑORES:

HONRADO por demás me siento al cumplir el encargo que mis compañeros me confirieron de escribir la necrología de Baldomero Galofre. Impulsóles á ello, seguramente, la persuasión de que la acendrada amistad que me unía al artista sería razón poderosa para que empleara todo mi cariño, todo mi afecto en dar á su personalidad el debido relieve.

No creo que esa misma amistad de que hago alarde sea inconveniente para retratar con justos toques la figura del artista; antes bien, ha de contribuir á iluminarla con luces de verdad, porque ¿quién mejor puede conocer los más recónditos repliegues de un alma que el que la ha seguido y estudiado á través de las varias fases de la vida? Y, aunque es cierto que tal pueda ser la fuerza de amistad, que tienda á encubrir ó amortiguar algunos de sus defectos (pecado venial que procuraré evitar) no por ello dejará de aparecer con menos integridad aquella parte del hombre que más relación directa tiene con la generalidad.

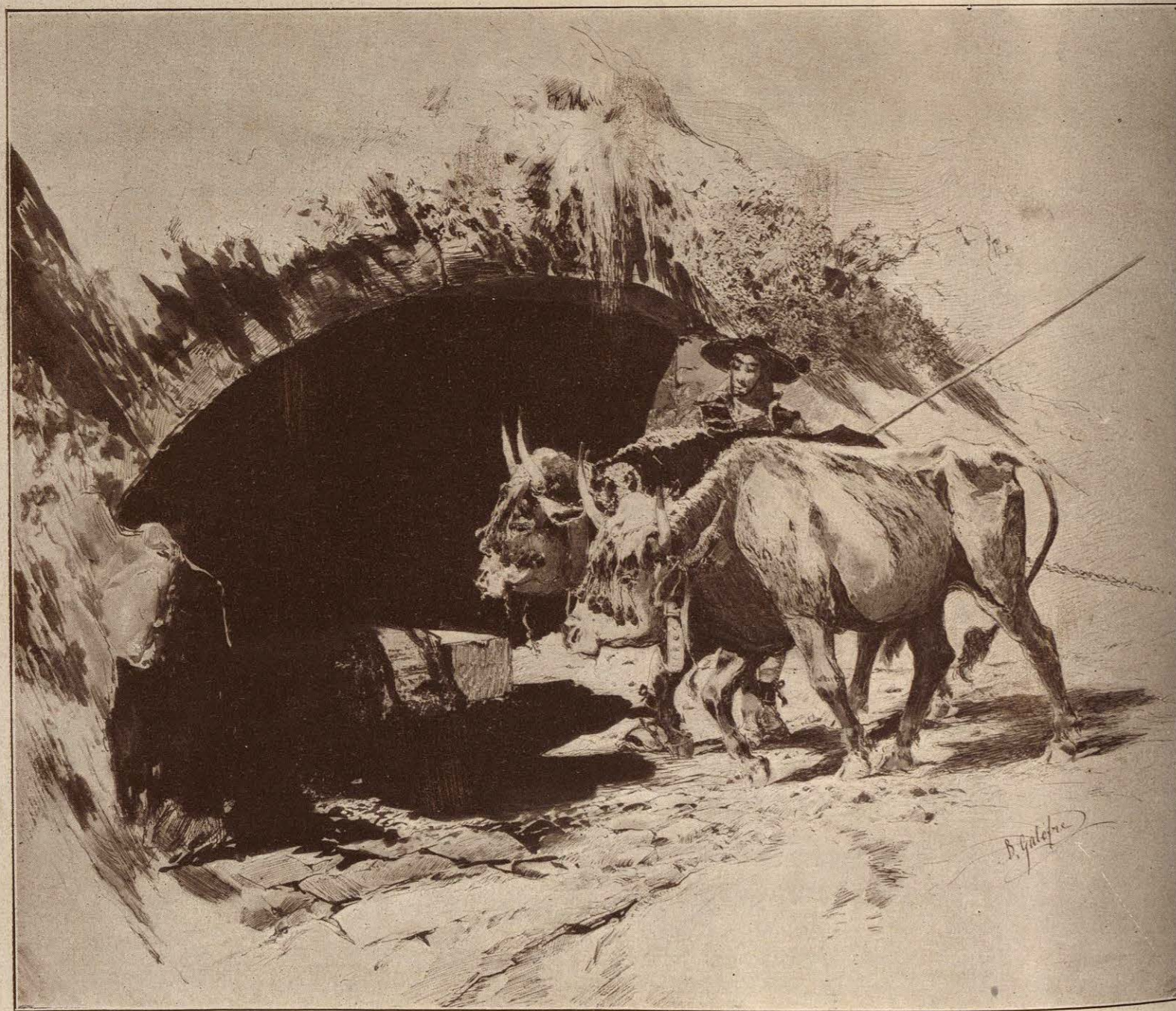
Por esto, al paso que agradezco la distinción que me han hecho mis compañeros, cumpto gustoso el deber de pagar este tributo de admiración á uno de nuestros artistas más originales y facundos. Perdonadme vosotros si mi voluntad no alcanza á satisfacer vuestras esperanzas.

Nació Baldomero Galofre en Reus, el 24 de Octubre de 1845, y murió el 26 de Julio de 1902. Entre estas dos fechas se desenvuelve la luminosa trayectoria de su paso por el mundo.

Como la de la mayor parte de los artistas modernos, no es su vida uno de esos tejidos novelescos tan propios de los artistas del Renacimiento, cuyos episodios contribuían á exaltar nuestras juveniles imaginaciones, creyéndolas inherentes á la vida artística. Pero, á pesar de que transcurrió la existencia de Galofre en ese ambiente *bourgeois* é incoloro que rodea al artista moderno, no está exenta de ciertos episodios que demuestran, por una parte, su incontestable predestinación, y, por otra,



GALOFRE EN SU CASA.



LA YUNTA.



PESCADORA DE PONTEVEDRA.

que á haber vivido en época anterior, hubiera llevado en sí los gérmenes de una vida de aventuras.

Su infancia fué un preludio. Poco aficionado á los estudios propios de su tierna edad, prefería ya entonces el lápiz á la pluma, con el que emborrataba los márgenes de los libros y cuantos papeles caían bajo sus manos, sin que bastaran á distraerle de su instintiva vocación reprensiones de padres ni maestros. Quedábase infantilmente absorto ante los espectáculos de la naturaleza, cuyas sensaciones no se explicaba todavía, pero le causaban placer y nostalgia á un tiempo, y esas demostraciones fueron los preliminares de un culto que no debía abandonarle cuando, frente á frente del gran libro, supo ya traducir magistralmente todas sus páginas.

Una circunstancia puramente eventual decidió del porvenir del futuro artista. Tendría unos siete años cuando sus padres se trasladaron al pintoresco pueblo de Torredembarra, en donde la casualidad puso en manos del niño unos grabados hechos en Italia por su tío don José, excelente pintor de su época, con reproducciones de el *Pasmo de Sicilia*, de Rafael; los cuatro *Evangelistas* de Overbeck; una composición de Laurentio, la *Venus* del Ticiano, algunas obras de Giotto y la *Rendición de Breda* de Velázquez. Gran día fué para él aquel en que pudo abandonar la copia de malas litografías y con grande amor y empeño se dedicó á copiar tan preciadas obras.

Cuál sería su labor, cuando su padre, don Carlos, sorprendido por la nueva faz que ofrecía el talento de su hijo, reveladora de un verdadero temperamento artístico, se decidió á llevarse al niño y sus dibujos á Reus para presentarlos á su excelente amigo don Domingo Soberano, aficionado inteligente, requiriéndole su opinión y consejo. Decidióse en la entrevista que el niño fuera llevado á Barcelona para que estudiara bajo la dirección de algún profesor de pintura ó en la Academia de Bellas Artes.

La situación de la familia Galofre, en la época á que me refiero, era bastante precaria. Reveses de fortuna, malas tutorías, persecuciones políticas dieron al traste con la anterior opulencia de la casa, que radicaba en Barcelona; de modo que, para que Baldomero pudiera seguir los estudios en la capital del Principado, fué forzoso al padre procurarse un destino en la fábrica de don Juan Güell.

El maestro de Galofre fué don Ramón Martí y Alsina, encarnación entonces del modernismo en arte y cuyas revolucionarias enseñanzas, basadas en el estudio de la naturaleza, tantos eximios artistas catalanes han producido. El maestro halló en el discípulo terreno abonado para sembrar sus fructuosas semillas y Galofre correspondió á aquellas enseñanzas con una veneración y agradecimiento que no lograron amortiguar sus propios triunfos ni el descubrimiento de nuevos horizontes artísticos. Y no fué pequeño el dolor del alumno, cuando, á los tres años de recibir sus lecciones, decidió Martí despedir á todos sus discípulos para consagrarse por completo á sus tareas artísticas.

Rudo fué el golpe para el principiante, demasiado joven para prescindir de consejo y mal dispuesto á solicitarlo de otros maestros. Quiso trabajar solo, y sus primeros ensayos le dejaron en la perplejidad y la duda. Lentamente, fué infiltrándose la desconfianza en su corazón hasta hacerle temer por su carrera, y apoderóse de él el más profundo desaliento.

Pocos serán los artistas que no hayan atravesado un período de perturbación semejante. A decir verdad, más que cansancio y abatimiento del espíritu, es una parada de orientación para lanzarse á la lucha con nuevos bríos. Así le ocurrió á Galofre, quien, reaccionando por virtud de su exaltado temperamento, sintiendo el acicate del amor propio, desechó dudas y temores y emprendió tenaz y vigorosamente sus estu-



SEGADOR DEL BAJO ARAGÓN.

diós en el seno de la gran naturaleza. Unos ocho años duró aquel período de fiebre, en el que empezó ya á producir algo para el público, y oyó los primeros aplausos. De esa época data también la primera recompensa oficial que obtuvo, pues en el único curso que frecuentó la Academia de Bellas Artes (nombre que sonó siempre mal á sus oídos), obtuvo por oposición la medalla de paisaje.

Suelto, sin traba alguna y lleno de ardor y entusiasmo, fué este período de juveniles ilusiones y de ansiedades el más poético de su vida. Gozábale en el solemne quietismo de las soledades, en las que su arrebatada imaginación se llenaba de fantasmas, aventuras, deseos é imágenes que fatigaban su espíritu y quebrantaban su delicado organismo, por lo que tuvo que abstenerse, por paternal prescripción, de sus solitarias excursiones.

Una sola idea le preocupaba en medio de sus trabajos: sentíase animoso y capaz de volar solo, y quería aliviar á los suyos de los sacrificios que por él se imponían. Anhelaba respirar otra atmósfera y contemplar otros horizontes, y no sin dolor de su buena madre, que preveía iba á separarse para siempre de su hijo, decidióse á abandonar la casa paterna y en los primeros días del año 1870 se dirigió á la Corte.

Llegó á Madrid con veinte duros (última cantidad que recibió de su padre) y sus carteras que contenían algunos centenares de dibujos. Con medios tan exigüos, no hay que decir que, después de pagado un mes de pupilaje, se halló á los dos días frente á frente con la necesidad. Situación tan nueva y extraordinaria para él, más que hacerle mella, aguzó su ingenio. Sin más recomendación que una cartera de dibujos, presentóse á don Abelardo de Carlos, propietario de la *Ilustración Española y Americana*, pidiéndole trabajo. Don Martín Rico, director artístico de dicha *Ilustración*, comprendió desde luego las notables dotes del solicitante y, después de un dibujo de prueba sobre madera, aceptó gustoso su colaboración, lo que permitió á nuestro artista vivir decorosamente y proseguir sus estudios formales. Cuando se lo permitían sus ahorros, hacia excursiones por Castilla, frecuentando especialmente Toledo, en donde pasó largas temporadas, en una de las cuales conoció personalmente al inmortal Fortuny. Visitó también las provincias de Avila, Salamanca, León y Asturias, en las que cosechó muchos estudios y acuarelas que se disputaban luego los buenos aficionados de la capital.

La creación de la Academia de Roma por don Emilio Castelar y el primer concurso abierto para las plazas de pensionado sorprendieron á Galofre en León donde se hallaba realizando uno de sus viajes de estudio. Como un relámpago cruzó por su mente la idea de tomar parte en el concurso, que le abría la posibilidad de contemplar aquella hermosa Italia que soñara desde niño y á la que debía más tarde querer como su segunda patria.

Las peripecias de aquel concurso son muy interesantes. Sin dinero

para regresar de León, pudo hacerlo merced á 800 reales que le prestó el conocido sastre de Madrid señor Mexía, á quien entregó en prenda su cartera llena de acuarelas. Se inscribió y al término de los ejercicios preliminares quedaron por únicos contrincantes don Jaime Morera, el candidato oficial de la Academia, y nuestro Galofre. Ambos, jóvenes de valer, aguijoneados por la ambición y el amor propio, pusieron con sus obras en grave aprieto al jurado, que, perplejo, no halló mejor expediente que echar suertes entre ambos contrincantes, siendo la fortuna favorable á Morera. Sino que condolido tal vez por la mala ventura de Galofre, ó animado por la misma opinión pública que señalaba á nuestro artista como á una legítima esperanza del arte, el mismo jurado solicitó y obtuvo del Gobierno de la República la creación de otra plaza que le fué conferida por unanimidad, á cuyo resultado contribuyó muy eficazmente don Víctor Balaguer, entonces ministro de Ultramar. El día 2 de Mayo de 1874 llegó el novel pensionado á la Ciudad Eterna. Su dicha no tuvo límites.

Era Roma entonces, más que ahora, el centro internacional del arte. A ella acudían los pensionados de todos los países y en ella residían las mayores celebridades. La comunidad de ideas, la vida tranquila y exenta de distracciones de la capital italiana, la abundancia de obras maestras que atesora, la noble emulación que despierta el mérito ajeno y el reconocimiento del propio, eran todos motivos poderosos para que Galofre hallárase allí como en su natural elemento.

Los dos primeros años consagrólos al estudio, á perfeccionar su ya sólida educación artística y á cumplir los compromisos á que le obligaba su pensión. Las exposiciones anuales de sus obras, junto con las de sus compañeros de Academia, fueron sus primeros éxitos, hasta tal punto, que el príncipe ruso Botkine quiso comprar sus envíos de segundo año.



APUNTE DEL NATURAL.



EN EL PUERTO DE BARCELONA.

Por ese tiempo, su fama quedaba cimentada de hecho. Goupil, Reutlinger, Baron y otros disputáronse las obras del nuevo astro. Los méritos atesorados empezaban á dar positivos frutos y, libre ya de las pequeñas preocupaciones de la vida material, extendió la esfera de sus conocimientos á todos los géneros del arte, cultivando la figura humana con más fervor que hasta entonces. El paisajista se convirtió en pintor universal, aprovechando los elementos de la naturaleza según se presentan en su conjunto.

Ese estado de prosperidad y de progreso fué causa de un incidente que le produjo la amargura más grande de su vida y contribuyó eficazmente á su glorificación. Corría el tercer año de pensionado y estaba trabajando en el cuadro *El Ave Maria* que destinaba al Gobierno, cuando, no sabemos si por exceso de celo ó por recónditas causas, el director de la Academia en Roma, don José Casado del Alisal, tuvo á bien amonestarle primero y denunciarlo después al ministro de Estado, acusándole de dedicarse á obras de *utilidad personal*.

A la denuncia siguió la destitución. El disgusto de Galofre fué tan intenso, como rudo é inmerecido el golpe. La noticia del incidente corrió con vertiginosa rapidez por los centros artísticos de Roma, despertando en todas partes justa indignación. El Círculo Internacional se hizo promotor de una protesta que firmaron ochenta artistas de todas las nacionalidades, y lo que debió ser castigo se convirtió en grave escándalo contra el autor del desaguisado y en acto de desagravio hacia el que aparecía como víctima. Por tratarse de un hecho tan culminante de la vida de nuestro artista, pláceme reproducir aquí el texto de aquel documento, que no ha vuelto á hacerse público desde entonces. Dice así:

Sr. D. BALDOMERO GALOFRE.

Los que suscriben, artistas residentes en esta capital, deplorando el injusto é inmerecido proveimiento que le ha sido infligido retirándole su plaza de pensionado español, declaran para satisfacción de usted, que á todos consta, juzgando por sus obras, que, además de su idoneidad y dotes artísticas, usted con su constante laboriosidad, aplicación é intachable conducta no ha dejado de cumplir en nada los compromisos que le imponía el reglamento de pensionado.

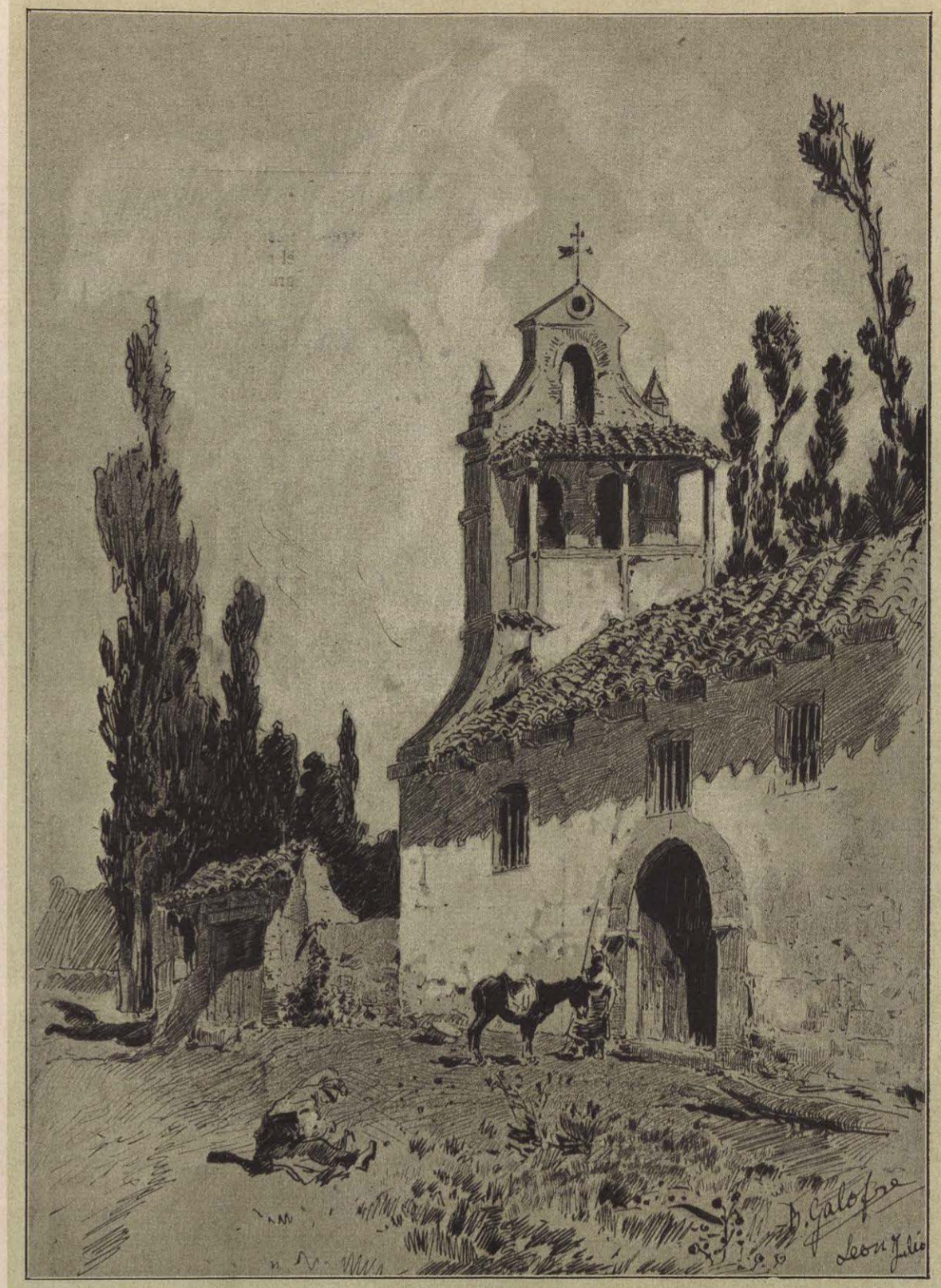
Al dar á usted la presente muestra de justo aprecio, los que suscriben hacen votos para que semejante incidente no sea causa de desaliento y que, por el contrario, sirva á usted de incentivo para continuar progresando en su carrera artística tan ventajosamente inaugurada.

Roma, 27 de Octubre de 1876.

Francisco Peralta, José Ruiz, Gianti Xateutti, Enrico Siemiradzki, Casimiro Szolj, Juan Samartín, Lorenzo Vallés, Alessandro Rizzoni,



EN EL TEATRO.



UNA CALLE DE LEÓN.

Rómolo Stampanoni, García y Ramos, Francesco Bottini, B. Olleros, Lorenzo Casanova, Antonio Fabrés, Juan Ferrer, F. Jacovacci, Achille Grassi, Aristide Vanica, P. Jori, N. Cipriani, E. Simonetti, Giuseppe Sciuti, Giuseppe Gallori, Giuseppe Signorini, Antonio Gargiullo, Césare Pascarella, Adelchi Degrossi, Luigi Properzi, Casimiro Tomba, Herman Mayer, P. Carlandi, Ettore Ferrari, C. Biseo, Enrico Coleman, Augusto Corelli, Luigi Giorgi, Luciano Bizzarri, Pedro B. Jáuregui, Pietro Aldi, Antonio La Barbera, Achille Buzzi, Vincenzo Dattoli, Mariano De Franceschi, Giovanni Carnevali, Francesco Terni, Daniel Hernández, Ettore Travasari, Osvaldo Bigi, Ernesto Cola, Pietro Assalon, Rómolo Maghelli, Achille De Dominicis, P. De Tommasi, P. Gavez, F. Villetti, Arthur Laurens, Pietro Gabrini, Pietro Vanni, Adolphe Lejenne, Antonio Piccinni, Rasinedi, E. Landucci, Giovanni Ximenes, Salvatore De Rossi, A. Cefi, Pietro Poggi, Edoardo Fornari, Francesco di Bartoli, Filippo Ferrari, D. Marchetti, Etiénne, Guerrino Guardabassi, Luigi Bellinzoni, Filiberto Petiti, P. J. Antoine, M. Jacobini, Luigi Gagliardi, Césare Caroselli, Filippo Indoni, Luigi Francesconi, Darío Queri, R. Tusquets, Luis Oriola Cortada.

Tan enorme fué el escándalo, que las autoridades españolas trataron de echar tierra al asunto, prometiendo devolver la pensión al desposeído, á cambio de la entrega del documento y del cuadro de envío. Todo fué en vano; ni súplicas, ni amenazas, ni la intervención personal del ministro español en Roma, señor Conde de Coello, pudieron reducir el ánimo indignado de Galofre, quien, fuerte en su razón, quería dictar, nó que admitir, condiciones.

De poco ó ningún perjuicio material fué para él, cuando véfese asediado por los encargos de negociantes y aficionados. Su producción adquirió, desde entonces, aquel carácter vertiginoso que tanto le ha caracterizado. Dueño absoluto de una mecánica elegante y fascinadora, prodigó su actividad en todo género de asuntos. De aquella época datan